

# **ESPEJOS**

## **Voces del Ego**

**Descubre tu reflejo y el de los demás en los distintos egos.**

**Reflexiona sobre ellos, compréndelos, ámalos, ríete, libéralos y relájate.**

# **E S P E J O S**

## **Voces del Ego**

**JUAN JESÚS CASTELLANO**  
Consultor humanista, conferenciante, monologuista

**[www.juanjesuscastellano.com](http://www.juanjesuscastellano.com)**

## ÍNDICE

### PRÓLOGO

¿QUÉ SE PUEDE DECIR DE JUAN JESÚS CASTELLANO?

EL DON DE LA UBICUIDAD

CAMBIOS QUE NO CAMBIAN NADA

CONVERSACIONES MENTALES

NO QUIERO QUE ME TOQUE LA LOTERÍA

PROPIEDADES DIVINAS

FELIZMENTE AMARGADO

LEY DE ATRACCIÓN

PERFECCIONISMO

ENEMIGOS ÍNTIMOS

GRANDES SOLUCIONES PARA PEQUEÑOS PROBLEMAS

BIENAVENTURADA SEA LA POLÍTICA

INCAPAZ DE AMAR A NADIE

ME HE QUEDADO PASMADO

MATRIMONIO DE CONVENIENCIA

EN POSESIÓN DE LA VERDAD

SER ENFERMEDAD

CUANDO UNO NO QUIERE CAMBIAR, NADA CAMBIA

IRA SANTA

LA MADRE DE TODAS LAS VOCES

HASTA QUE LA MUERTE ME LIBERE

ADICTO AL SENTIMIENTO DE CULPA

**EL JUEGO DEL ABANDONO**

**MI CUERPO COMO CAMPO DE BATALLA**

**NACIDO PARA SER MILLONARIO**

**¿QUÉ ME ESTOY HACIENDO A MÍ MISMO?**

**UN INDIVIDUO EJEMPLAR**

**VIVIR CON PRISA**

**PERSIGUIENDO LA FELICIDAD**

**EL RECUERDO DE LOS MUERTOS**

**SOY TONTO**

**APRENDIENDO DE LAS EXPERIENCIAS**

**HABITAR EN LA CÁRCEL**

**RECHAZO EL PODER QUE TENGO SOBRE MI CUERPO**

**DUDANDO DE LA FELICIDAD**

**¿SER O NO SER?**

## PRÓLOGO

Me alegré al instante cuando tú, amado amigo, me invitaste a hacer este prólogo y, como en otros momentos de satisfacción, lo que siguió fue excitación, miedo, ganas y la duda de ser capaz de honrar tan rico regalo: *ESPEJOS. Voces del Ego*, que sé fue creado con dedicación, atención y la integridad que te caracteriza a ti y a tus obras. Regalo osado, instigador y nutritivo que ahora nos entregas.

Deseo que disfrutes de buenos momentos cuando tengas que vivir las consecuencias de hacer públicas tus observaciones, reflexiones y hallazgos a través de la revelación de tu individualidad, tu original genio y tus *Espejos*, al compartir hasta lo que raramente nos admitimos a nosotros mismos y a los íntimos.

*Espejos* nos toca tal cual hacen los sabios y las flores. Llamamos locos delirantes a los sabios que nos presentan lo difícil incluso de imaginar, nos invitan a mirar de otra forma lo (des)conocido y bromean con nuestra pretensión de ya saber. Y las flores que con su belleza, contundencia y delicadeza nos inspiran a hacer y disfrutar de las artes. Flores y sabios nos conmueven y nos instigan a expresar la vida, la muerte, el amor, por fin, a vivir.

La oportunidad de, mientras leemos, reflexionar y reír juntos, identificarnos y diferenciarnos, amplía y aclara las muchas y variadas voces del Ego, el maltratado vividor que tanto nos molesta y ayuda en la aventura que es aquí estar y ser.

Abrirse a las expresiones e historias, tan contundentes y deliciosamente contadas por ti en los treinta y cinco originales y auténticos testimonios, nos hacen comprendernos y reírnos de nosotros mismos. La simple lectura del índice, sus títulos, ya son una provocación a que consideremos nuestros temas cotidianos.

De un punto al otro tú nos echas, como en un juego de *frescobol*\* para que peloteemos y nos ejercitemos espiritual, emocional, física, psicológica, política, sexual y socialmente:

\*El *frescobol* (típico juego brasileño) es semejante al tenis en los accesorios, en los movimientos y diferente en la propuesta: en vez de adversarios, son aliados que cooperan, tiran la pelota para que el otro la alcance. Para que los dos se diviertan, se empeñan en mantener la pelota en el aire por más tiempo, con el objetivo de que existan más encuentros que desencuentros, tal cual lo que experimenté al disfrutar de *Espejos*.

“Cuando quiero estar conmigo no me encuentro”;

“Te voy a confesar que a mí esto de pasar el día y la noche ofendido acaba por alegrarme la vida”;

“Llevo toda la vida intentando saber qué es lo que quiero, sin darme cuenta de que hay un montón de gente dispuesta a decirme qué es lo mejor para mí”;

“Para conseguirlo rezo y pido a la Divinidad”;

“Dedico más tiempo a pensar lo que no he hecho que a prestar atención a lo que estoy haciendo”;

“La última vez que estuve muerto acabé gozando como nunca antes lo había hecho”;

“Y ¿por qué? Porque el sentimiento de culpa me hace ser un buen Ser Humano”;

“Pero la felicidad es una carrera sin fin”;

“Estoy tan ocupado en hacer cosas para que los demás me amen, que no me queda tiempo para querer a nadie”.

Tú provocas, induces y nos acompañas en la (re)visita a nuestros saberes, automatismos, creencias, miedos y, sobre todo, nos posibilitas acercar, actualizar y autentificar nuestra original manera de ser.

Amigo, bendito escritor, enhorabuena y gracias por la vivencia en tan rico viaje a “Egolandia”.

Sao Paulo (Brasil)

Abel Guedes

Psicólogo especialista en psicología clínica y organizacional.

Consultor y *coach* desde 1977

Introducción de la terapia gestalt en Brasil y Uruguay

Autor del libro *Acorde: conversas et pontos de vista*.

## ¿QUÉ SE PUEDE DECIR DE JUAN JESÚS CASTELLANO?

De haber nacido en esta década tal vez lo hubiera hecho como un niño índigo. Pero como su nacimiento se produjo mucho antes, simplemente se quedó en un crío travieso, inconformista y, para algunos adultos, tocapelotas.

En su más tierna infancia se convirtió en experto en el vuelo de moscas. Seguía con total atención su recorrido y peripecias mientras el profesor de turno impartía clase. También a muy temprana edad demostró su alto nivel intelectual al ganar un diploma —eso sí, de consolación— en un concurso sobre conducta ciudadana. Se presentaron cincuenta alumnos, él quedó en el número sesenta y cinco, el máximo puesto que el jurado le podía otorgar después de leer su exposición acerca de las normas cívicas y religiosas. En fin, un incomprendido.

Nadie supo ver la creatividad que desplegaba este chiquillo para lograr alterar al mundo adulto. Bien canalizada lo hubieran convertido en candidato a un Premio Nobel. Sin embargo ahí se quedó durante una larga temporada, perdido y conviviendo con su rebeldía.

Según fue creciendo dejó de ser un tocapelotas para convertirse en un provocador nato. Es decir, más de lo mismo. Pero bienintencionado y con buen corazón.

Las víctimas de su locura se cuentan por miles. Comenzó con sus profesores en toda la escala educativa, le siguieron gurús, jefes, autoridades, amigos, compañeros de trabajo, clientes, público teatral y así un largo etcétera hasta el día de hoy.

Su formación siguió el curso natural de su personalidad, convirtiéndose con el paso de los años en ejecutivo de *marketing*, publicidad, estrategia empresarial, consultoría, actor teatral y, ¡cómo no!, terapeuta en diversas disciplinas de crecimiento y autoconocimiento personal. Todas ellas actividades profesionales que encajan perfectamente con su perfil creativo, comunicativo y provocador.

En cada una de sus ocupaciones profesionales ha intentado divertirse, algo que no siempre ha conseguido. Su mayor fracaso se sitúa en la época en la que vivió como un exitoso, reconocido y amargado profesional. Fue duro vivir en el parque de atracciones EgoLandia.

Ha creado e impartido infinidad de cursos dirigidos a empresarios y público en general, todos ellos con una base humanista, emocional, psicológica y espiritual. Esto me sorprende hasta a mí. El tocapelotas, el experto en el vuelo de la mosca, impartiendo clases. ¿Quiénes habrán sido los santos que le han padecido? Los compadezco.

Desde hace más de veinte años es autor de numerosos artículos especializados en gestión humanista en la empresa, *marketing* emocional y autoconocimiento personal y piezas teatrales. Los escribe con cierto humor, aunque a veces el único que se ríe es él. Qué le vamos a hacer...

Con más de cuatrocientas conferencias y soliloquios teatrales a sus espaldas, los asistentes dicen de él que es un *showman* divertido y ameno como monologuista y conferenciante. Comprometido que trata temas serios con el único fin de desmitificarlos para transmitir la alegría por vivir. Claro que esto lo manifiestan quienes no se han quedado dormidos durante sus disertaciones. Para que esto fuera una cualidad de verdad tendríamos que saber cuántos han logrado mantenerse despiertos.

Como empresario ha creado la consultoría Impulso Empresarial Siglo XXI, la revista *Spíritu de Superación*, y ha participado como copropietario en empresas de diversos sectores profesionales.

Estoy intentando encontrar cualidades que hagan destacar su historial sobre el resto de la humanidad, pero no doy con ellas. Este individuo tiene miedos, inseguridades y a veces mala leche, aunque él pretenda disimularla apelando a su humor inglés.

Me resulta difícil encontrar algo especial en él, aun así, yo que presumo de conocerlo bien, diré que me gusta su ternura, sensibilidad, espíritu de entrega, empatía, generosidad, ganas de divertirse y bondad.

A pesar de todo lo que he contado de él, sigue siendo un gran tímido, pero si lo encuentras por la calle dale un abrazo, le encanta.

Por Juan Jesús Castellano



## EL DON DE LA UBICUIDAD

Soy tan volátil y huidizo que a veces cuando quiero estar conmigo no me encuentro. Me llamo y no respondo, me busco y estoy en otro lugar, me miro al espejo y no me reconozco, hasta que grito con desesperación y de repente, tímidamente, me muestro ante mí durante unos segundos antes de salir corriendo, hasta encontrar refugio en mi propio laberinto mental.

He llegado a la conclusión de que lo mío no es un defecto, más bien una cualidad. En concreto, me parece que poseo el don de la ubicuidad. No creía que esto fuera posible, hasta después de estudiar física cuántica y aprender cómo los fotones<sup>1</sup> pueden dividirse, transformándose en ondas y al mismo tiempo seguir siendo fotones. Es lo mismo que le sucede al observador, capaz de cambiar lo observado en cuanto lo observa. O sea, están hablando de mí. Yo al mismo tiempo soy los fotones, el observador y lo observado. Por tanto mi don está avalado por la Ciencia, algo que por cierto yo ya sabía, pues los más antiguos escritos espirituales hablan de ello desde hace miles de años.

Imagínate cómo es el tema, porque es serio. Yo no había nacido y ya las antiquísimas palabras espirituales hablaban de mí y del don que poseo. ¡Esto es increíble! ¿Cómo sabían que yo, miles de años después, iba a nacer con este don? ¡Ay, cuánto queda por descubrir! Sobre todo lo que está ante nuestras narices. Solo sé que no sé nada. Quien esto dijo posiblemente también sabía que yo algún día lo repetiría en un relato.

Hace mucho tiempo comencé a sospechar que realmente tenía un don. Era cuando meditaba. Lograba estar al mismo tiempo en infinitud de sitios. Atento a mi respiración, sentía la energía fluir por mi cuerpo, a la vez pensaba en la cena y visualizaba el trabajo que iba a realizar al día siguiente. Incluso era capaz de imaginar las vacaciones con meses de antelación, y cuando me veía en la hamaca disfrutando del sol volvía a tomar contacto con mi respiración, energía, el postre de la cena y... Yo a eso le llamo tomar consciencia con la rueda de la vida.

Al principio, cuando este fenómeno era una novedad para mí, me juzgaba. Creía que lo estaba haciendo todo mal, llegaba incluso a desvalorizarme por no hacer las cosas como me habían enseñado, hasta que me di cuenta de que era capaz de poner toda mi atención a la vez en respirar, visualizar la energía, los chacras, criticarme y culpabilizarme. Ahí es cuando llegué a la conclusión de que lo mío no era algo fatídico, sino que más bien me estaban ocurriendo experiencias extracorpóreas. Y cuando lo reconocí comencé a notar cómo este don tomaba forma en mi vida cotidiana.

1. Fotón - *Cada una de las partículas que constituyen la luz y, en general, la radiación electromagnética en aquellos fenómenos en que se manifiesta su naturaleza corpuscular* (Real Academia Española).

Me ocurre continuamente, estoy haciendo el amor y soy capaz de verme en ese mismo instante en lo más alto de la Torre Eiffel, con los amigos tomando unas cervezas, trabajando y discutiendo con el jefe. ¡Toda una proeza! Y lo más gracioso: lo hago desnudo. Sí, señor, con dos narices, sin ningún rubor, en el trabajo, con mi jefe, en el bar y en París... ¡en pelotas! Aunque mi pareja, que es demasiado lista, a veces me pregunta: “Cariño, ¿estás aquí?”. ¿Cómo lo sabrá? Lo que realmente es una experiencia extracorpórea fantástica es cuando los dos nos vamos de viaje mientras hacemos el amor. Cada uno en una punta del planeta, con sus propios asuntos. No importa, nuestros fotones siguen siendo uno.

Pero ahí no acaba la cosa, porque yo al día siguiente sigo manteniendo los poderes de mi gran don. Perfectamente puedo estar en el trabajo, con mi traje y corbata, atendiendo a un cliente, y en un momento dado mientras lo escucho cojo y me voy a hacer el amor, más que nada por acabar la faena del día anterior, o a comer al mejor restaurante. Yo, respetuosamente pongo mis orejas al servicio del cliente, pero soy muy capaz de activar mi masculinidad al mismo tiempo, eso sí, con disimulo. Desde ese día estar con los clientes es una gozada, incluso atender a los que no quiero me resulta placentero. Que no me gusta el que tengo enfrente, pues ahí te quedas que yo me voy, que para eso tengo el don de la ubicuidad.

¿Y las comidas familiares? Bueeenoo... ¡fantásticas! Ya no hace falta beber para que pase el mal trago. Dejo mi cuerpo físico sentado a la mesa, sonrío de forma perenne, me programo para cambiar de postura cada dos o tres minutos, asentir con la cabeza y a su vez pronunciar un sonido que más o menos diga: “¡Oh!”, y a viajar que son dos días.

Lo que me inquieta de todas estas experiencias es que hay días en los que ya no sé dónde estoy. Tengo que andar por toda la casa buscándome y no me encuentro. He llegado a asustarme. En esos momentos de preocupación me pregunto: “¿Pero dónde he ido?”. Si hace un momento estaba escuchando música, mientras actuaba en un escenario junto a Elvis Presley moviendo las caderas, cuando de repente nos acosaba una jauría de fans y tuvimos que salir corriendo, porque realmente nuestras vidas corrían peligro. Pues he debido de salir a tal velocidad que ahora no sé dónde me he escondido. Me estoy meando, tanto que ya no me aguanto más, y me necesito, porque para estas cosas no puedo estar muy lejos. Es que si hay mucha distancia acabo desenfocando la micción y mi mujer, que como ya os he dicho antes es muy lista, me va a decir: “¿Pero dónde estabas mientras meabas?”.

En la actualidad ya no me hace gracia este don. Ha comenzado a convertirse en una pesadilla. Tengo el cuerpo machacado, me duele la cabeza, estoy agotado de tanto viaje, he vivido tantas situaciones a la vez que he acabado por no recordar ninguna.

Después de tantas vivencias lo que más me preocupa, es que se me había olvidado que antes de tomar posesión de este don yo tenía una mujer que adoro, unos hijos preciosos, un trabajo fantástico y una salud extraordinaria.

A partir de hoy voy a prescindir de estos poderes, renuncio a hacer tantas cosas a la vez, me propongo saborear el momento presente, aquí y ahora. Abrazar mi vida sin huir de ella.

— Cariño, ¿dónde estás?

— ¡Leches! ¡Otra vez que me he ido! De inmediato aterrizo, mi amor.

## CAMBIOS QUE NO CAMBIAN NADA

A veces al iniciar un cambio importante en tu vida cometes un pequeño error: te vas contigo.

Hace seis meses que me trasladé a vivir a otra ciudad y casa, incorporándome a un nuevo puesto laboral. Deseaba emprender una vida diferente. No quería volver a hacer cada día lo mismo, viendo continuamente a la gente de siempre, trabajando durante jornadas interminables, ni siquiera quería tener la misma pareja. ¡Se acabó el quejarme! ¡A partir de hoy voy a disfrutar!

Al principio estaba completamente entusiasmado, yo había tomado la decisión de emprender una etapa completamente nueva con la esperanza de vivir más feliz. La mudanza fue de lo más liviana, pues conscientemente quise dejar atrás cualquier recuerdo. Deseaba sentirme ligero de equipaje y me desprendí de todos los bienes materiales para adquirir otros nuevos. Los quería sin historia ni pasado. Estas compras eran pura diversión, sabía que los muebles y otros enseres formaban parte de la metáfora que se presentaba ante mis ojos. ¡Era un nuevo hombre!

Cambiaba de funciones laborales que incluían un puesto de responsabilidad, no conocía a ninguno de mis compañeros, todo lo que se abría ante mí eran novedades. Y, como un niño ante las atracciones de un parque de ocio, quedaba anonadado por lo que veía delante de mí. No podía creer lo que estaba sintiendo, me tiraba de los pelos para asegurarme de que no estaba viviendo un sueño. Era real y sabía que por una vez en mi vida había tomado la decisión acertada. El nuevo trabajo me encantaba, la gente me recibió con los brazos abiertos, eran simpáticos, atentos ante cualquier necesidad que tuviera. Los vecinos de mi nueva casa me sonreían cada vez que nos cruzábamos, mostrando así su disposición a ayudarme.

Los primeros días en mi nuevo hogar los pasé embelesado. El silencio era lo más grande que tenía y cuando estaba en el sofá, solo, sin ruidos, creía estar flotando en una nube. No tenía ni ganas de salir a la calle. ¿Para qué? Me sentía en mi propio paraíso y quería disfrutarlo.

Todo estaba saliendo tal y como yo lo había imaginado, creando mi propia realidad, es más, la estaba atrayendo conscientemente. Visualizaba cómo me estarían echando de menos en mi antigua ciudad mis amigos, mis compañeros de trabajo. Sabía que mi ex pareja sufría por mi ausencia y ahora se agravaba por la distancia que yo había puesto de por medio. Los primeros días recibía llamadas continuamente, por eso tenía la seguridad de que les dolía la lejanía que existía entre ellos y yo. Por mi parte estaba decidido a no vivir ninguna clase de nostalgia con las personas que ya no formaban parte de mi presente. No es que fuera una actitud dura, simplemente era coherente con mi decisión. Y no llamé a nadie.

A medida que transcurría el tiempo dejó de sonar el teléfono hasta que su silencio se hizo permanente. Era normal, ya habían pasado diez días desde mi traslado y las huellas acaban borrándose.

Yo estaba completamente dispuesto a triunfar en mi nueva etapa. Quería que cuando regresara de vacaciones a mi ciudad mis amigos de toda la vida me recibieran como a alguien que arriesgó y venció. No era un conformista como ellos, que aceptaban la vida tal cual les venía sin intentar cambiarla. Ignoro a la gente que es así.

Dos meses y nadie ha vuelto a llamar, no entiendo que no se interesen por mi nueva vida, imagino lo duro que se les estará haciendo mi ausencia. Seguramente me tienen un poco de envidia. Pues yo no voy a ser quien les llame. Hoy además estoy cansado, muy cansado, llevo los últimos treinta días laborales trabajando catorce horas diarias. En esta empresa no hay absolutamente nadie comprometido con su buen funcionamiento; comienzan la jornada laboral a su hora y se marchan a los treinta segundos de que el reloj señale las seis en punto. No los entiendo, yo me quedo hasta las nueve sin cobrar extras por ello, mientras yo trabajo ellos tienen el descaro de ausentarse a diario con puntualidad británica. Unos se van con la familia o los amigos a divertirse, otros al gimnasio, los hay que quedan con la novia, cenan e incluso van al cine. Y todo esto lo hacen de lunes a viernes sin esperar al fin de semana.

Lo que más duro se me hace de este trabajo es acudir ocho horas los sábados y domingos para concluir los trabajos inacabados de quienes han optado por tomarse fiesta estos días. Pero esto va a cambiar porque si yo soy capaz de exigirme a mí un determinado esfuerzo, los demás deben seguir mi buen ejemplo. Si no fuera por hombres como yo este país no progresaría, seguiría estancado en la Edad Media.

Hoy sábado llego a casa destrozado y mientras me como un bocadillo tirado en el sofá veo un interesantísimo e instructivo debate político en la televisión. Durante los cortes publicitarios visualizo cómo mis amigos estarán cenando mientras me recuerdan contando las aventuras que hemos vivido juntos. Me emociono con solo pensar en la escena. Sigo emocionado pero esta vez me invade la pena, es la certeza de saber que mi ex pareja estará recluida en su hogar, pensando en nuestras divertidas veladas jugando a las cartas en mi casa, mientras disfrutábamos de una hamburguesa antes de que ella se fuera a dormir a la suya.

Voy a comprarme un nuevo coche, quiero que cuando regrese de vacaciones todos vean mi gran cambio, cómo mi nuevo Yo ha progresado en la vida, lo bien que me va y el trabajo tan bueno que tengo. No lo hago para dar envidia, eso no se hace con los amigos.

Todo lo que no gasto en salir con chicas ni en ir al cine, ni al gimnasio ni en cenas ni en libros ni en acudir a actos culturales ni al spa ni a discotecas, puedo invertirlo en un buen automóvil, ¡uno de esos que hacen a uno girarse a su paso!

Estoy deseando regresar y darles una gran sorpresa con mi presencia. Ya imagino su recibimiento y la ilusión que les va a hacer volver a verme...

## CONVERSACIONES MENTALES

Hablo tanto conmigo mismo que lo único que consigo es interrumpirme continuamente, no me dejo ni acabar las frases, mis distintas voces se pelean por llevar la voz cantante. Al final siempre opto por enfadarme e irme a otra parte. Me pongo serio y les digo que me dejen en paz. ¿Crees que me hacen caso? ¡Qué más quisiera yo! Se alían entre ellas y vienen a por mí. En cinco segundos me han dado caza y, ofendidas, me avisan de que es la última vez que intento abandonarlas.

Yo creo que mis voces son celosas, como un niño que tira de la falda de su madre cuando esta se para en la calle a acariciar a otro. Pues en cuanto me pongo a escuchar a otra persona ellas actúan de igual manera. ¡Tienen mala leche! Estoy intentando prestar atención y ellas enseguida comienzan a tirar de mí.

—Venga, corta ya, que tenemos prisa.

—¿Hasta cuándo vas a estar escuchando sus quejas?

—¿Pero realmente te interesa lo que está diciendo?

Me despido de la persona en cuestión, no por no escucharla sino más bien por no escucharme a mí. Intento retomar mi conversación sin acordarme, me esfuerzo por continuar mis últimos pensamientos pero nada, he perdido el hilo, y no me queda más remedio que dar la razón a mis voces. Si no me hubiera parado a hablar habría seguido sin interrupciones mi interesante charla.

Así que he decidido tener prisa cada vez que me encuentro a un conocido en plena calle. No puedo pararme con él, estoy muy ocupado y no me voy a permitir ningún despiste, que luego tengo que aguantar el enfado de mis voces. Soy capaz hasta de cambiarme de acera.

Escuchar mis voces es una cosa, pero escuchar las de otros a la vez que estoy atento a las mías supone un verdadero lío. Lo tengo comprobado, ponte a hablar con alguien durante más de cinco minutos seguidos y cada muy poco tiempo uno de los dos pregunta al otro: “¿Qué decías?”. ¡Cómo que qué decía! Este no me estaba prestando la más mínima atención, solo se estaba escuchando a él. No me enfado, he aprendido a no enfadarme cuando esto ocurre. ¿Por qué? Porque al minuto yo le voy a preguntar: “¿Qué decías?”.

Mis voces son unas descaradas, no tienen la más mínima vergüenza, les da igual todo. Puedo estar presenciando la ceremonia más sagrada o una obra de teatro que ellas van a lo suyo. Comienza una diciendo: “Esto es un aburrimiento”, y la otra le contesta que se calle, que es algo muy serio. Entonces la primera le replica que dónde ve la seriedad, y así todo el rato hasta que una tercera con un tono enfadado les pide a las dos que se callen, que no se está enterando de nada. No lo hacen, es más, le contestan que se meta en sus asuntos y que si se siente molesta que se hubiera quedado en casa, que tienen todo el derecho de opinar, que no se van a reprimir porque ella lo diga, que están en un país democrático, que hay libertad de expresión. Y la tercera voz parece desaparecer, enmudece, cuando de repente se manifiesta una cuarta replicando a la primera y segunda que su actitud es totalmente autoritaria, que si ven represión en alguna parte es porque precisamente eso mismo están haciendo ellas con la pobre tercera voz, callarla con muy malos modales, que no hablen tan alto de libertad de expresión pues su tono es

totalmente opresivo. Aplausos. Las voces se silencian, me levanto y pienso que tengo que volver al teatro para enterarme de qué ha ido la obra. Por la efusividad con la que ha respondido el público ha debido de estar muy interesante, creo que el contenido de la obra tenía que ver con la libertad de expresión y las represalias que puedes recibir si alguien te escucha y no está de acuerdo contigo. Algo así, creo.

Con las películas me pasa lo mismo. Una de las voces se pasa todo el tiempo criticando al protagonista, la otra lo defiende, la tercera intenta averiguar la siguiente escena y la cuarta decide si la película tiene ritmo o no. Yo por mi parte como palomitas.

Cuando pienso en meditar para acallar las voces lo que oigo es cómo una de ellas me dice que no es el momento de hacerlo. Entonces dudo, me levanto del sofá y elijo una actividad diferente con la que evadirme. Otra de las voces me dice que no haga caso a la primera, que es un buen momento para meditar, para estar en silencio. Le contesto que la primera voz tal vez tenga razón, pues estoy cansado. Me responde que precisamente por eso es una buena oportunidad para desconectar. Agradezco a esta segunda voz su insistencia porque ahora lo veo claro y coincido en que los siguientes minutos son muy buenos para descansar física y mentalmente. Vuelvo a sentarme.

Una vez que me he acomodado, respiro y pongo mi intención en vivir unos instantes de silencio. No lo consigo. Tal vez sea agotamiento. La verdad es que he estado persiguiendo multitud de imágenes. Decaído, regreso al sofá mientras mi segunda voz, la que me ha animado a meditar, critica el resultado. Dice que mejor me hubiera quedado sentado sin hacer nada. Yo protesto: “¡Pero si es lo que me has mandado!”. Su siguiente comentario me parece demoledor: me recuerda que ella no me ha invitado a perseguir imágenes de forma incontrolada. La primera voz se está riendo descontroladamente.

Intento olvidar y comienzo a leer un libro de autoayuda que me encanta; el autor habla de las voces internas, dice que más o menos podemos tener cuatro, como yo, y da muchos consejos e instrucciones de cómo acallarlas para que tu vida sea más fácil.

De momento no lo he conseguido, el único resultado palpable que he obtenido es que a mis cuatro voces ahora se le ha sumado una quinta... ¡Es la del autor del libro, que no para de darme consejos!

## NO QUIERO QUE ME TOQUE LA LOTERÍA

He llegado a la conclusión de que no quiero ganar dinero con la lotería. Apuesto pero solo lo hago para poder quejarme de no ser afortunado en el juego.

Mi Ego habla de lo fantástico que sería que me tocara un premio millonario y yo me lo creo. Disfruto pensando en todas las cosas que me permitiría hacer mi nueva condición de rico. Cuanto más pienso en las posibilidades que se abren ante mí, mayor es mi excitación. Masturbo mi mente visualizando placeres que hoy considero inalcanzables, y cuando estoy a punto de llegar a mi ego-orgasmo, con las pupilas girando sobre su eje como si de una puñalada trasera se tratara, aparece la siguiente pregunta: “¿Con quién vas a repartir el premio?”. Se jodió. Adiós placer. Solo queda aturdimiento.

Me pongo nervioso. Lo primero que me planteo es que no se lo voy a decir a nadie, así no tengo que compartir mi dinero. Pero, claro, mi cambio de estilo de vida va a ser evidente y las preguntas serán inevitables. Acabarán interrogándome por mi repentino aumento de fortuna y no tengo una coartada creíble. También puedo disimular mi nueva condición de adinerado y esconder mi premio ante la vista de los demás, pero entonces me va a resultar difícil disfrutarlo. Ser millonario y seguir con el mismo coche, piso y trabajo es absurdo, pero es muy duro tener que repartir tu dinero entre aquellos que te han criticado más de una vez, y si no lo hago ¿cómo me voy a sentir?

Es evidente que no quiero repartir ni un euro del premio que tan merecidamente me ha correspondido, pero me entra tal sentimiento de culpa que al final no me queda más remedio que plantearme el compartirlo.

Me duele comenzar a contar el número de individuos que van a aprovecharse de mi suerte, es que no quiero, se me saltan las lágrimas solo de ver sus caras de satisfacción mientras reciben mis euros, me veo extendiendo la mano con un cheque y retirándola cuando lo van a coger. Llega un momento en que estoy llorando desconsoladamente, pateo contra el suelo mientras miro al cielo gritando que es injusto.

Una vez que se me ha pasado el disgusto, ya más tranquilo, comienzo a visualizar entre quiénes voy a distribuir el dinero. Lo primero que hago es decidir cuál va a ser la cantidad que voy a destinar a entregar a mis allegados. Me parece que es mucho dinero e inclino un poco la balanza hacia mi lado, adjudicándome una mayor parte. Cuando creo que he llegado al montante que estoy dispuesto a dar, decido que para ser justo voy a entregar la misma cantidad a cada uno de ellos. Divido entre todos y no me quedo satisfecho, me parece que tal vez sea un poco escaso el dinero que estoy repartiendo entre tantos.

Vuelvo a negociar conmigo mismo para ver si consigo una cantidad mayor para cada uno de los beneficiarios de mi suerte. Llego a la conclusión de que si aumento mucho el dinero a repartir voy a quedarme yo con menos de lo que quiero. De nuevo realizo sumas, restas y divisiones hasta que considero que lo que me corresponde y lo que regalo son cantidades justas para todas las partes.

Para quedarme más tranquilo visualizo el uso que pueden hacer con el dinero que les entrego. Me parece que en la mayoría de los casos la inversión que realizan con mi dinero es razonable, pero hay otros a los que les veo “tirando” los euros recibidos y entonces las tripas se me retuercen. No quiero que los que derrochen mi dinero, a la

hora de quedarse sin nada recurran a mí pidiéndome más prestado. ¡Eso sería insoportable!

Me cuesta mucho dar este dinero y lo que quiero es tener el control del uso que van a hacer de él. Lo regalo pero quiero ser yo quien elija el destino de la cantidad que entrego a cada uno. Conozco a todos los que van a recibir parte de mi fortuna y creo saber cómo la tienen que utilizar.

Ahora lo que pienso es si no sería mejor dar a unos una cantidad y a otros otra. A los que creo que van a hacer mejor uso les voy a entregar más dinero que a los que pueden malgastarlo. Claro que esto tiene un riesgo, y es que todos se enteren de lo que han recibido y los que han sido menos agraciados por mi decisión se enfaden conmigo. Ya solo faltaba eso, que encima de darles dinero me acusen de ser injusto y dejen de hablarme. La verdad es que si corro ese riesgo a lo mejor no merece la pena darles nada. Aunque también existe la posibilidad de que las personas que más dinero han recibido, aun así, piensen que soy un tacaño por no haberles entregado una mayor cantidad de dinero, desapareciendo el afecto que me tienen. Y esto ya me parece demasiado porque si encima de que yo voluntariamente no repartiría nada a nadie, unos y otros van acabar cabreándose conmigo... lo único que va a ocurrir es que acabemos todos enfrentados. Los que menos reciben se enfadan con los que más, los que más con los que menos y todos conmigo.

Pero también pienso que si el tema de la repartición sale bien y consigo que cada uno invierta correctamente el cheque que le entrego, este podría ser el mismo en cada caso. Entonces ¿cómo cambiaría la relación que tienen conmigo?, ¿aparecerían envidias?, ¿cómo las evito?

Debería tener mucho cuidado en qué gasto mi dinero e intentar que mis adquisiciones no despertaran los celos de los demás. Para ello lo mejor sería no comprar cosas demasiado caras, evitar hacer ostentación de mi nuevo nivel de vida. Viviría como hasta ahora, permitiéndome algún capricho, no muchos, y ahorrando para cuando me jubilara. Para entonces muchos de ellos ya habrían olvidado mi fortuna y sería el momento de permitirme grandes antojos si la salud me lo permite.

Cada vez que me pongo a pensar qué haría con el dinero del primer premio de la lotería acabo sufriendo más que gozando. Me estreso de tal manera que tengo que tomarme un tranquilizante. Termino atacado de los nervios y al final decido que no quiero ser el agraciado por la lotería más desgraciado.

Dicen que la realidad siempre supera lo que reflejan los *films*. Así que si esta acaba sobrepasando mi película mental, por favor, no quiero que me toque la lotería, yo voy a seguir jugando pero me conformo con el reintegro.

¡Gracias, Universo!



## PROPIEDADES DIVINAS

Estoy un poco confuso respecto a lo que da sentido a mi vida. A muy temprana edad aprendí que una de las cosas más importantes que podía hacer en este mundo era adquirir en propiedad una vivienda. Tengo mis dudas al respecto, porque si esta acción es lo que va a dar significado a mi existencia, la que va a iluminar mi camino, la conclusión a la que llego es que Dios es promotor inmobiliario.

Nazco y ya estoy predestinado a comprar una casa, es mi destino, por mi bien y el de los demás. ¿Quiénes serán los demás?

Me imagino que allí en el Cielo antes de nacer ya me dieron instrucciones para mi inversión. Seguro que me dijeron algo así: “Mira, aunque no lo vas a recordar, te programaremos para que adquieras lo que va a ser tu hogar en tal zona. Dentro de treinta años por razones pastorales nos va a convenir urbanizarla”.

La teoría de que Dios sea promotor inmobiliario no es ninguna locura. Si el Cielo está parcelado para acoger todas las almas, siguiendo el antiguo axioma hermético “como arriba es abajo; como abajo es arriba”, adquiere todo el sentido que mi misión en la Tierra sea la de construir en una parcelita mi vivienda.

Claro que el hecho de que esto sea verdad a mí me preocupa mucho, mis posibilidades económicas no me permiten tener una casa de demasiados metros cuadrados, con lo cual el día que tenga que ir al Cielo, con mi documento de propiedad voy a poder demostrar muy poca superficie. Para colmo es compartida con mi mujer y los metros se quedan en la mitad, y siendo tan pocos, ¿por qué parcela celestial me la van a permutar? Temo que me la vayan a poner muy pero que muy lejos de Dios, por mucho que esté orientada a su diestra.

Comprendo por qué las jerarquías de las religiones tienen tantas y tan inmensas propiedades inmobiliarias repartidas por todo el planeta. Es un mandato divino, y si por casualidad van al Cielo lo hacen habiendo adquirido el derecho a estar cerquita de Dios. En estos momentos de claridad mental me siento fatal, culpable por haber criticado siempre a las altas esferas religiosas. Nunca entendí la voracidad que tenían por adquirir palacios, erigir templos grandiosos, altos, mansiones para vivir en la austeridad, pero ahora lo veo claro, piden dinero para construir un puente directo al Cielo por el que transitar ellos.

Después de vislumbrar las verdaderas razones de su apetito inmobiliario me siento tremendamente mal. Qué injusto he sido juzgando lo que no he sabido comprender. Por mi culpa, por mi santísima culpa, pido perdón.

En este momento también entiendo por qué las fortunas terrenales adquieren las mayores propiedades inmobiliarias en los parajes más hermosos. Lo hacen, al igual que las jerarquías religiosas, para estar más cerca de Dios. Cuando mueran querrán demostrar a su llegada al Cielo que poseen las mayores posesiones para así realizar una permuta ventajosa. Ellos sí que pueden...

Es lo que pasa con todos los poderes políticos y sociales. Palacios rodeados de bosques, edificios históricos, despachos mayores que una cancha de tenis... todo por mandato

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

